

CAPITULO VI.

ARGUMENTO.

El cuidado ajeno no distrae á la Esposa en este estado de perfección; antes la recoge más en sí misma, y en todas partes halla á su Esposo, que ya es todo suyo, como ella toda de él. Háblala él con más intimidad, y regalo, y la hace estimar con mayor aprecio sus dones. Descríbense las virtudes de la Esposa con las mismas comparaciones que antes, aunque más encarecidas. Ya descuella y se distingue entre otras almas virtuosas muy aprovechadas: es la más amada del Esposo, y por tal la reconocen, y admiran sus mismas competidoras. Recréase Dios con ella, como en un hermoso jardín, gustando de los frutos que él mismo ha plantado, y beneficiado. Pero el alma santa cuanto más alabada, tanto más se humilla, reconociendo su propia indignidad y pobreza.

1. (ESPOSA.) *El mi amado descendió al su huerto, á las eras de los aromates, á apacentar entre los huertos, y coger las flores.*
2. *Yo al mi amado, y el mi amado á mí, que apasta entre las azucenas.*
3. (ESPOSO.) *Hermosa erès, amiga mía, como Thirsa, bella como Jerusalém, terrible como los escuadrones, sus banderas tendidas.*
4. *Vuelve los ojos tuyos, que me hacen fuerza, el tu cabello como las manadas de cabras, que se parecen en el Gilgad.*
5. *Tus dientes como hatajo de ovejas, que suben del lavadero, las cuales todas paren de dos en dos, y no hay estéril en ellas.*
6. *Tus sienes como un casco de granada entre tus copetes.*
7. *Sesenta son las reinas, y ochenta las concubinas, y doncellas sin cuento.*
8. *Una es la mi paloma, la mi perfecta, única es á su madre, ella escogida es á la que la parió, viéronla las hijas, y lloraronla bienaventurada, y las reinas y concubinas la loaron.*

9. (COMPAÑERAS.) *¿Quién es esta que se descubre, como el alba, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como los escuadrones?*

10. (ESPOSO.) *Al huerto del nogal descendí por ver los frutos de los valles, y ver si está en ciernes la vid, y ver si florecen los granados.*

11. (ESPOSA.) *No sé, mi alma me puso como carros de amonadab.*

12. *Torna, torna, Sulamita, torna y verte hemos.*

13. *¿Qué miráis en la Sulamita, como en los coros de los ejércitos?*

EXPOSICIÓN.

1. *El mi amado descendió á los huertos, á las eras de los aromates, á apacentar entre los huertos y coger las flores.*

Si de cierto sabía la Esposa, que estaba en el huerto su Esposo, por de más era haberle andado á buscar por la ciudad y por otras partes. Por lo cual estas palabras, que en el sonido parecen ciertas, se han de entender como dichas con alguna duda; como si la Esposa respondiendo á aquellas dueñas de Jerusalém, dijese: Buscádole hé por mil partes, y pues no le hallo, sin falta debió de ir á ver su huerto, adonde suele apacentar (1). O digamos, que está no es respuesta de la Es-

(1) ¿Dónde había de encontrar á su soberano bien esta alma generosa, sino en su huerto, esto es, dentro de sí misma, y en el centro de su corazón? Porque es de saber, que Dios pone á Cristo, que es su Pastor, en medio de las entrañas del hombre, para que poderoso sobre ellas, guíe sus opiniones, sus juicios, sus apetitos, y deseos al bien con que se alimenta, y cobre siembre mayores fuerzas el alma; y se cumpla de esta manera lo que el Profeta Ezequiel dice, que serán apacentados en todos los mejores pastos de su tierra propia; esto es, en aquello que es pura, y propiamente buena suerte, y buena dicha del hombre. Y no en esto solamente, sino también en los montes altísimos de Israel, que son los bienes soberanos del cielo, que sobran á los naturales bienes sobre toda manera; porque es señor de todos ellos aqueste mismo Pastor que los guía, ó para decir la verdad, porque los tiene todos, y amontonados en sí. Y porque los tiene en sí, por esa misma causa, lanzándose en medio de su ganado, mueve siempre á sí sus ovejas; y no lanzándose solamen-

posa á la pregunta que hicieron aquellas dueñas; sino que luégo que acabó de hablarlas, se dió á buscar á su Esposo, y saliendo de la ciudad al campo, y mirando hácia el huerto suyo, que como se finge, estaba en lo bajo, sintió la voz ú otras señales manifiestas de su Esposo; y arrebatada de alegría, de improviso comienza á decir: ¡Ay! veisle aquí al mi amado, y el que me tiene perdida buscándole, que á su huerto descendió, donde está solazándose y cogiendo flores. Dice que *descendió*, porque ella le buscaba en Jerusalém, que era ciudad puesta en lo alto de un monte; y en los arrabales y aldeas, que estaban á la halda, estaba el huerto de esta rústica pastora y de otros sus vecinos, como es uso. Y dice, que anda entre las eras de las plantas olorosas, y que es venido á holgarse, y recrearse entre los lirios y violetas. Pues con este regocijo no pensado aviva la voz, y dice:

2. *Yo á mi amado, y mi amado á mí, que paze entre las azucenas.*

Lo cual, como ya he dicho, es forma de llamar á voces, como si dijese: Hola, amado y amador mio, el cual estás apacentando entre las flores, ¿óyesme? De do se entiende lo que habemos dicho, que le salió á buscar al campo hácia el lugar donde estaba el huerto, y sintiéndole estar en él, llámale como he dicho, para que la responda. A la cual voz sale el Esposo, y viendo á su Esposa, y viendo juntamente la gran afición con que le buscaba, enciéndese en un nuevo y vivo amor, y recibela con mayores y más encarecidos requiebros, diciendo:

3. *Hermosa eres, amiga mia, como Thirsa, bella como Jerusalém, terrible como los escuadrones, sus banderas tendidas.*

Sube en este lugar hasta el cielo los loores de la Esposa, y véncese á sí mismo loándola. Porque en los capitulos pasados para loar la variedad de su gentileza, y hermosura, la

te, sino levantándose, y encumbrándose en ellas, según lo que el Profeta de él dice. Porque en sí es alto, por el amontonamiento de bienes soberanos que tiene: y en ellas es alto también, porque apacentándolas las levanta del suelo, y las aleja cuanto más va de la tierra, y las tira siempre hácia sí mismo, y las enrisca en su alteza, encumbrándolas siempre más, y entrañándolas en los altísimos bienes suyos. (*Nombre de Pastor, tom. III, pág. 73.*)

apodó á un gentil huerto; y agora la hace semejante á dos ciudades, las más hermosa que hay en aquella tierra, *Thirsa* y *Jerusalém*. *Thirsa* es nombre de una ciudad de Israel noble y populosa, donde los Reyes tenían su asiento, ántes que se edificase Samaria (1); y el mismo nombre muestra la hermosura de la ciudad, y su gentil y apacible sitio: porque *Thirsa* quiere decir tanto, como *suavidad* y *contento*, Y decíase así la ciudad, por el contento y descanso que daba á los que la moraban, por ser su asiento y habitación de ella descansado y apacible. *Jerusalém* era la principal ciudad, y la más hermosa, que había en toda Palestina, y aún en todo el oriente, según sabemos por las escrituras hebreas y de los gentiles, tanto que David hizo un Salmo loando á la letra la grandeza, la beldad y fortaleza de Jerusalém. Pues á estas dos ciudades dice el Esposo, que es semejante el parecer bello y hermoso, lleno de majestad y de grandeza de la Esposa, diciendo: Tan grande maravilla es verte, cuan bella eres en todo y por todo, cuánto lo es ver estas dos ciudades reales, en las cuales la fortaleza de sus sitios, la magnificencia de sus edificios, y la grandeza y hermosura de sus riquezas, la variedad de sus artes y oficios pone grande espanto, y admiración á quien lo ve (2). Que aunque parece un poco desigual la comparación,

(1) El impreso, y otros manuscritos, introducen aquí estas palabras, omitiendo otras: *San Jerónimo donde dice Thirsa, trasladada, cosa suave; y los setenta Intérpretes ponen, contento y sosiego, diciendo: Hermosa eres como el contento y el deleite; y es porque miran á la derivación y etimología del vocablo, y no á lo que de hecho significaba, que era aquella ciudad así dicha por el contento, etc.*

(2) Con mucha razón se comparan los justos que han llegado al estado de perfección á la grandeza, hermosura, nobleza, y fortaleza de una gran ciudad. Porque á la verdad, no hay cosa más alta, ni más generosa, ni más real, que el ánimo perfectamente cristiano. Y la virtud más heroica que la filosofía de los estoicos antiguamente imaginó, ó soñó, por hablar con verdad, comparada con la que Cristo asienta con su gracia en el alma, es una poquedad y bajeza. Porque si miramos el linaje de donde desciende el justo, y cristiano, es su nacimiento de Dios; y la gracia que le da vida es una semejanza viva de Cristo. Y si atendemos á su estilo y condición, y al ingenio y disposición de ánimo, y pensamientos y costumbres que de este nacimiento le vienen, todo lo que es menos que Dios, es pequeña cosa para lo que cabe en su ánimo. No estima lo que con amor ciego adora únicamente la tierra, el oro, y los

á la verdad es muy á propósito para declarar el mucho espanto, que ponía en el ánimo del Esposo la vista de su Esposa, y cuán grande, y cuán incomparable y fuera de toda medida le parecía su hermosura; pues para declarar lo que sentía, no le venían á la boca menores cosas, que ciudades, y ciudades tan principales y populosas, esto es, cosas, cuya hermosura consiste en ser de mucha variedad y grandeza. Dice más: *Espantable como ejército, sus banderas tendidas*. No espanta ménos un extremo de bien, que lo hace un extremo de mal; y así para mayor encarecimiento, dice á la Esposa, que le pone espanto, como es espantable un ejército, *sus banderas tendidas*, esto es, puestos sus escuadrones en ordenanza, y que está ya á punto de romper. Lo cual también es decir, que de la misma manera como un ejército así ordenado lo vence todo y lo allana, sin ponérsele cosa delante, que no la rinda, y sujete; así ni más ni ménos no había poder, ni resistencia alguna contra la fuerza de la hermosura extremada de la Esposa. Y por esta causa añade luégo, y dice:

4. *Vuelve los ojos tuyos, que me hacen fuerza.*

Como si levantando la mano en alto, y poniéndola delante el rostro, y torciendo la cara y los ojos á otra parte, dijese el Esposo: Apártate, Esposa mia, no me mires, que me robas

deleites: huella sobre la ambición de las honras, hecho verdadero señor y rey de sí mismo: pisa el vano gozo, desprecia el temor, no le mueve el deleite, ni el ardor de la ira le enoja; y riquísimo dentro de sí, todo su cuidado es hacer bien á los otros. Y no se extiende su ánimo liberal á sus vecinos solos, ni se contenta con ser bueno con los de su pueblo, ó de su Reino; más generalmente á todos los que sustentan y comprenden la tierra, él también los comprende y abraza. Aun para con sus enemigos sangrientos, que le buscan la afrenta y la muerte, es él generoso y amigo: y sabe y puede poner la vida, y de hecho la pone alegremente por esos mismos que aborrecen su vida. Y estimando por vil y por indigno de sí á todo lo que está fuera de él, y que se viene, y se va con el tiempo; no apetece ménos que á Dios, ni tiene por dignos de su deseo menores bienes que el cielo. Lo sempiterno, lo soberano, el trato con Dios familiar y amigable, el enlazarse amando, y el hacerse cuasi uno con él, es lo que solamente satisface á su pecho: como lo podemos ver á los ojos en uno de estos grandes justos. Y sea aqueste uno, San Pablo que en persona suya, y de todos los buenos, dice así: *Tenemos nuestro tesoro en vaso de tierra: porque la grandeza y alteza nazca de Dios, y no de nosotros, etc.* (*Nombre de Rey, tom. III, pág. 184.*)

con tus ojos, y me traspasas el corazón. En lo cual el Esposo, habiendo loado la belleza en suma de su Esposa, y queriendo ahora loarla otra vez por sus partes, y comenzando de la primera de todas, de los ojos; usa para loarlos una manera elegantísima: que no dice la hermosura de ellos, sino ruégala, que los aparte y los vuelva á otra parte mirando, porque le hacen fuerza. En lo cual la loa más encarecidamente, que si los antepusiera á las más claras y más lucientes dos estrellas del cielo.

Donde dice, *que me hacen fuerza, ó me vencieron*, hay diferencia entre los intérpretes; porque los Setenta, y san Jerónimo con ellos, trasladan: *Aparta tus ojos, que me hicieron volar*. Otros ponen: *Aparta tus ojos, que me ensorberbecieron*. Y los unos, y los otros traducen, no lo que hallaron en la palabra hebrea, sino lo que les pareció á cada uno, que queria decir: porque da ocasión al uno y al otro sentido el sonido, y propia significación de ella, que es esta al pié de la letra: *Aparta tus ojos, que hicieron sobrepujarme*. Porque *Hirhibuni*, de que usa el original, propiamente quiere decir, *sobrepujar*. Esto á san Jerónimo le pareció, que sería volar, porque los que vuelan se levantan así en alto, y como en cierta manera se sobrepujan. Conforme á lo cual quiere el Esposo, que aparte de él la Esposa los ojos, y no le mire, porque viéndolos, no está en su mano no irse á ella: porque le arrebatara tras sí el corazón, como volando, sin poder hacer otra cosa: que es requiebro usado. Y los que trasladan, *que me hicieron ensorberbecer*, tuvieron el mismo modo de parecerles, que el ser soberbio, era un sobrepujarse el hombre á sí, y un levantarse en alto; y que conforme á esto pedía el Esposo á la Esposa, que no le hiciese aquel favor de mirarle, por no desvanecerse con él. Lo uno y lo otro estaba bien excusado, pues está claro que decir, *hicieron sobrepujarme*, es rodeo de hablar poético y retruenco de palabras, que vale lo mismo, que si dijera, *sobrepujaronme, ó vencieronme*; y el propósito, é hilo de lo que va diciendo, pedía que dijese esto. Porque en efecto pedía, y dice: Deseo, Esposa mia, contar otra vez de tus ojos; mas ellos son tan bellos, tan graciosos y resplandecientes, y tienes en ellos tanta fuerza, que al tiempo que los miro para alabarlos, contemplándolos, queriendo recoger una á una sus particula-

ridades y sus gracias, ellos me arrebatan, y me roban el sentido, y con su luz me encandilan, de tal manera que por la fuerza, que el amor me hace, estoy como elevado: por tanto, Esposa mía dulcísima, vuélvelos, no me mires, que no puedo resistirles. Y demandando esto el Esposo, pide lo que no quiere, que es, que su Esposa no le mire, porque es gran placer el que él siente con su vista; mas con tal demanda, dice más en su loor, que si dijera muy por extenso las particularidades de su belleza, que en ellos se encierran; y estas son las cosas, que mejor se entienden, que se pueden declarar.

Habiendo pues loado los ojos el Esposo tan altamente por este delicado artificio, enhila tras esto las otras partes del rostro, dientes, labios, y mejillas, diciendo las mismas palabras, que arriba dijo, porque aquellas semejanzas son tan excelentes, que no se pueden aventajar, ni mejorar por ninguna manera. Dice pues:

5. *Tus dientes como hatajo de ovejas que suben del lavadero, las cuales todas paren de dos en dos, y no hay estéril en ellas.*

6. *Tus sienes como un casco de granada entre tus copetes.*

Esto dice por la blancura, y por la igualdad de los dientes, y por el color, y gracia de las sienes, y buen asiento de las mejillas, como vimos en el capítulo cuarto, donde se declaró esto á la larga (1).

7. *Sesenta son las reinas, y ochenta las concubinas, y doncellas sin cuento.*

8. *Una es la mi paloma, la mi perfecta, única es á su madre, ella escogida es á la que la parió, viéronla las hijas, y llamáronla bienaventurada, y las reinas y las concubinas la loaron.*

(1) Véase el sentido espiritual en la nota al pié de la pág. 65, á lo cual añadimos aquí: Que con el crecimiento de la gracia crece cada día más en vigor la santa voluntad, y creciendo siempre, y entrañándose de continuo en ella más los buenos y justos deseos, y haciéndolos como naturales á sí, pega su afición y talante á las otras fuerzas menores, y apartándolas insensiblemente de sus malos siniestros, y como desnudándolas de ellos, las hace á su condición é inclinación de ella misma: y de la ley santa de amor en que está trasformada por gracia, deriva también, y comunica á los sentidos su parte. Y como la gracia, apoderándose del alma, hace como un otro Dios á la voluntad; así ella deificada, y hecha del sentido como reina y señora, casi le convierte de sentido en razón. (*Nombre de Príncipe de Paz, tomo III, pág. 222.*)

Muestra el Esposo cuán excesivamente, y con cuánta ventaja ama á su Esposa, diciendo en persona suya (como si declarase, que es Salomón Rey este Pastor que aquí representa) *Sesenta son las reinas etc.* No está la prueba, y la firmeza del amor en amar á una persona á solas, y sin compañía de otras; antes el mayor, y más verdadero punto de él está, cuando extendiéndose, y abrazando á muchos, entre todos se señala, y diferencia y ventaja particularmente con uno: lo cual declara bien el Esposo en estas palabras, en las cuales no niega tener afición, y querer bien á otras mujeres; pero confiesa amar á su Esposa más que á todas, con un amor así particular, y diferente de todos los demás, que los demás en su comparación casi no merecen este nombre de amor; y aunque quiere á muchas, pero la su Esposa es de él querida por única, y singular manera. Sábese del libro de los Reyes (III. Reg. cap. xi.), que Salomón usó de muchas mujeres, que según la diferencia del estado y tratamiento, que tuvieron en casa de Salomón, la Escritura les pone diferentes nombres. Las que se nombran Reinas, porque su servicio, y casa era como de tales, son sesenta. Otras de ellas, que no eran tratadas con tantas ceremonias, se llamaban concubinas. Y no se ha de entender que eran mancebas, como algunos piensan, y se engañan; antes acerca de los hebreos, las tales eran mujeres legítimas, pero mujeres de esta manera, que habían sido esclavas, ó criadas, y su amo las tomaba por mujeres: mas no se celebraban las bodas por instrumento escrito, ni con las ceremonias legítimas que se usaban en el casamiento de las otras, que eran libres. Y estas se añadían á las mujeres principales, y los hijos, que de estas nacían, no sucedían en los mayorazgos, y herencias capitales, pero podía bien el padre hacerles algunas mandas, ó donaciones para su sustentación: como consta en el Génesis (Génes. cap. xxv, v. 6.) de Cetura y Agar, mujeres de Abrahám, que la sagrada Escritura llama así concubinas. Pues de estas tenía ochenta Salomón, entendiendo por este número muchas, y muchas más, según el uso hebreo. Las damas (1), y bien queridas de Salomón

(1) El impreso, y algunos manuscritos, *las demás.*

hacían el tercer orden, y de estas no había número (1). Pues dice ahora, que entre tanto número de mujeres, la que en amor, y servicio, y preeminencia se aventaja á todas, es sola una, que es la hija del Rey Faraón, de quien se habla en este cantar en persona de Pastora.

8. *Una, dice, es mi paloma.*

Y es así, que el amor como es unidad, y no apetece otra cosa, sino unidad, así no es firme, ni verdadero, cuando se divierte en igual grado por muchas, y diversas cosas. El que bien ama, á una cosa sola tiene amor. Y por esta causa, el que juntamente quiere amar de veras, y no limitar su amor á una cosa sola, debe emplear en Dios su voluntad, que es bien general, que lo abraza, y comprende todo; como por el contrario todas las criaturas son diferentes, y limitadas en sí, y á las veces unas contrarias de otras, de suerte que el querer bien á una, es aborrecer, y querer á otra mal (2). Dice, *mi*

(1) Cristo, como á quien conviene el ser amado entre todos, y como aquel que es el sujeto propio del amor verdadero, no solamente puede tener muchos que le amen con estrecha amistad, mas debe tenerlos, y así de hecho los tiene: porque son sus amadores sin cuento, como dice aquí la Esposa... Y si los aficionados que tiene entre los hombres son tantos, qué será si ayuntamos con ellos á todos los santos Angeles, que son también suyos en amor, y en fidelidad, y en servicio? (*Nombre de Amado, tomo III, págs. 333 y 339*).

(2) Sólo Cristo es aquel con quien se puede tener paz y amistad; porque Él solo es el no mudable, y el bueno, y aquel que cuanto de su parte es, jamás divide la unidad del amor que con Él pone; y así Él es solo el sujeto propio, y la tierra natural y feliz, adonde florece bienaventuradamente, y adonde hace buen fruto esta planta. Porque ni en su condición hay cosa que lo divida, ni se aparta de Él por las mudanzas y desastres é que está sujeta la nuestra, como nosotros libremente no lo apartemos dejándole. Que ni llega á Él la vejez, ni la enfermedad le enflaquece, ni la muerte le acaba, ni puede la fortuna con sus diversos poner cualidad en Él, que le haga ménos amable... Esto es, en el sér: que en su voluntad para con nosotros, si nosotros no le huimos primero, no puede haber desamor. Porque si viniéremos á pobreza, y á menos estado, nos amará: y si el mundo nos aborreciere, Él conservará su amor con nosotros: en las calamidades, en los trabajos, y en las afrentas, en los tiempos temerosos y tristes, cuando todos nos huyan, Él con mayores regalos nos recogerá á sí. No temerémos que podrá venir á menos su amor por ausencia, pues está siempre lanzado en nuestra alma, y presente, etc. (*Nombre de Príncipe de Paz, tom. III, págs. 235 y 236*).

paloma, y mi alindada, y no mi Esposa, para demostrar, aun en la manera de nombrar, la razón grande, que tenía de amarla, y de tenerla tan particular amor, y de hacerla tantas ventajas, siendo tan alindada, y tan suave, y de tan dulce condición, como la paloma. Dice: *Única es á la su madre, y escogida á la que la parió*. Remeda en esto la común y vulgar manera de hablar, que es decir: como la hija amada es todo el regalo, y todo el amor de su madre; así es querida, y preciada de mí mi Esposa, con la misma singularidad, y diferencia de amor. *Vieronla las hijas, y llamaronla bienaventurada las reinas, y las concubinas la loaron*. Grande y nueva cosa es reconocer, y no envidiar tanto bien las demás mujeres de Salomón á la Esposa, porque son de su natural las mujeres envidiosas entre sí extrañamente; mas en las cosas aventajadas mucho, la envidia desfallece. Y muestra en esto el Esposo, que no es afición ciega la que le mueve á quererla, sino razón tan clara y de tanta fuerza, que las otras mujeres que de su natural la habían de envidiar, confiesan llanamente que es así, reconociéndola por tal, y loándola á boca llena. Y así, refiriendo las palabras de las otras mujeres, dice:

9. *Quién es esta que se descubre arriba como el alba, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como los escuadrones?*

Que aunque son breves, son de grande loor, porque juntan tres cosas, la mañana, la luna y el sol, que son toda la alegría, regocijo y belleza del mundo. Pues es como si dijese así: Quien es esta que va (1) por allí mirando hácia nosotros, que no parece sino al alba cuando asoma rosada y muy hermosa, y es tan bella entre las mujeres, como la luna entre las menores estrellas; antes por mejor decir, es resplandeciente y escogida entre todas, como el sol entre todas las lumbreras del cielo? Que así como el sol es príncipe entre todas las luces soberanas, y escogido de tal manera que todas participan y se aprovechan de su lumbre; así esta es dechado de toda beldad, y la que más á ella se pareciere más bella será: y juntamente con su hermosura tiene una gravedad y majestad, que no parece sino un escuadrón que á todos pone

(1) El impreso y otros manuscritos, *viene*.

reverencia y temor. Y en decir *escogida como el sol*, alude á la gran belleza de ella y á la grande estima en que su Esposo la tiene más que á las otras (1). Y es muy gentil manera de loar esta, diciendo primero *alba* que es hermosa y resplandeciente; y luego *luna* que es más; y después *sol* que es lo sumo en este género: y los artífices del bien hablar loan mucho este modo de decir, y lo llaman encarecimiento acrecentado.

10. *Al huerto del nogal descendió por ver los frutos de los valles, y ver si está en cierne la vid, y ver si florecen los granados.*

Estas palabras los más las atribuyen á la Esposa, en que respondiendo al Esposo le dice y le da cuenta de cómo vino á aquel huerto donde él estaba (que llama *del nogal* por alguno que debía haber en el) á ver los frutales si brotaban; y que esto lo dice por uno de dos fines: lo uno, que sea como una excusa y un color de su venida por aquella parte; y dado que en realidad de verdad la traía el amor y deseo de verse con su Esposo, pero es muy propio al natural ingenio de las mujeres dar muestras muy diferentes de sus deseos y fingirse como olvidadas de lo que más buscan. Así que como respondiendo á lo que el Esposo la pudiera preguntar de su venida, diga: Vine á ver este mi huerto, y á ver si los árboles de él echaban ya flor. Pero un amor tan descuberto, como á lo que hemos visto era este, no da buen lugar á semejante disimulación. Y así es mejor entender, que estas palabras se dicen por otro fin, que es para que sepa el Esposo la causa de su cansancio de la Esposa, que como se ve en las palabras que se siguen luégo, había venido corriendo, y estaba de la priesa sin fuerza y sin aliento, de lo cual juntamente da cuenta,

(1) En esto se ve, cómo de grado en grado sube Dios al alma justa á reino perpétuo. Ennoblécela primero en sí con dones, semblantes y condiciones de Reina, digo, con virtudes y merecimientos que cria en ella generosos y heróicos; pónela sobre su cuerpo, y hace que huelle lo que precia la carne, dala el cetro de las pasiones, ensálzala en toda adversidad y trabajos, aspira al cielo solo, y sus bienes, todo la es vil sino Dios; y finalmente hecha Reina en la condición y en el hábito, pásala al lugar dó se reina, y con los que viven allí, que son todos Reyes, asiéntala en su trono, clara, resplandeciente, hermosa. (*Esposición de Job*, tom. II, pág. 219.)

y se queja á su Esposo. Que es cosa natural las personas que bien se quieren, en viéndose, mayormente las mujeres, con una lástima regalada contar luégo sus cuitas. Y es como si dijese: ¡Ay Esposo mio tan deseado y tan buscado de mí, y qué cansada estoy y qué muerta de la priesa que he traído! que luégo como yo sentí, que andábades en el huerto en el cual hay nogales, parras y granados y otros frutales, luégo en ese punto descendí aguijando y he venido tan presto, que no sé cómo me vine, ni cómo no; mas de que mi alma me aguijó tanto y me puso en el corazón tanta fuerza y ligereza, que no me parece sino que he venido en un ligerísimo carro de los que usan los principales y poderosos de mi pueblo.

Parece lo mejor que estas palabras, *descendí al huerto*, las diga el Esposo, y que en ellas responda á la secreta queja, que verosíblemente se creía tener su Esposa de él, por haber llegado á su puerta y llamádola, y después pasádose de largo, de dó nacía andar ella perdida buscándole. A lo cual él ganándola por la mano, responde que como se tardó en abrirle quiso él en el entretanto ver el estado de su huerto y proveer á lo que fuese necesario. Y con esta disculpa del Esposo, vienen muy á pelo las palabras que se siguen, en que le responde la Esposa:

11. *No sé, la mi alma me puso como los carros de aminadab.*

Mi alma es muchas veces lo mismo que mi afición y deseo. *Los carros de aminadab*. Entiéndese por ellos cosa muy ligera, y que vuela corriendo; que *aminadab* no es nombre propio de alguna persona ó lugar como algunos piensan, mas son dos nombres que quieren decir, *de mi pueblo príncipe*. Y esto dice porque como en tierra de Judea había pocos caballos, toda la mas gente usaba ir cabalgando en asnos, sino eran los poderosos y gente principal, que hacían traer de Egipto caballos muy buenos, y muy ligeros y andaban en carros de cuatro ruedas que traían aquellos caballos. Pues dice: No sé lo que se ha sido, ni lo que has hecho en dejarme así, amado mio Esposo, ni la causa que te movió para ello, si fué querer ver tu huerto, ó si alguna otra cosa, en fin no sé nada: esto sé, que el deseo mio y el amor entrañable que te tengo, que posee mi alma, y la rige á su voluntad, me ha traído en tu

busca, luego que te sentí, volando como en posta (1). Y contando todo dicele lo que pasó con las mujeres que la acompañaban, las cuales viéndola ir con tanta presteza decían:

12. *Torna, torna, Solimitana, torna, torna, y verie hemos.*

13. *Qué miráis en la Solimitana, como coros de escuadrones?*

Y no se ha de entender como lo avisan los que tienen mejor entendimiento en esto, que son las dueñas de Jerusalén, las que dicen ahora estas palabras; sino hase de entender que le dijeron antes esto, cuando vieron que se les partía así apresuradamente; y que la Esposa las refiere ahora al Esposo, contándole esto y todo lo demás que con ellas pasó. Pues como acabó de decir que se vino volando en busca del Esposo dice, que sus compañeras viendo que se apartaba de ellas y con tanto apresuramiento, la comenzaron á llamar y pedir que se volviese y no se diese tanta priesa; como quien (2) no la habian visto bien del todo, ni gozado enteramente ni considerado bien su beldad (3). Y así la dicen: *Tórnate, tórnete*. El redoblar una misma palabra es propio de todo lo

(1) Bien explica San Macario este ardiente deseo de la Esposa por estas palabras: «Si el amor que nace de la comunicación de la carne, divide del padre y de la madre, y de los hermanos, y toda su afición pone en el consorte como es escrito: *Por tanto dejará el hombre al padre, y á la madre, y se juntará con su mujer, y serán un cuerpo los dos*: pues si el amor de la carne así desata al hombre de todos los otros amores; cuánto más todos los que fuesen dignos de participar con verdad de aquel don amable y celestial del espíritu, quedarán libres, y desatados de todo el amor de la tierra? Y les parecerán todas las cosas de ella supérfluas é inútiles, por causa de vencer en ellos, y ser rey de sus almas el deseo del cielo. Aquello apetece, en aquello piensan de continuo: allí viven, allí andan con sus discursos, allí su alma tiene todo su trato, venciendo todo, y levantando bandera en ellos el amor celestial y divino, y la afición del espíritu.» (*Nombre de Amado, tomo III, págs. 344 y 345.*)

(2) El impreso y otros manuscrito, *como que*.

(3) Un justo perfecto es el espectáculo más bello, la idea más cabal de un bienaventurado sobre la tierra. Para él nace el día bueno y el sol claro él es el que solamente le ve: en la vida, en la muerte, en lo adverso, en lo próspero, en todo halla su gusto: y el manjar de los Angeles es su perpétuo manjar, y goza de él alegre y sin miedo que nadie le robe: y sin enemigo que le pueda ser enemigo, vive en dulcísima y abundantísima paz, divino bien, y excelente merced hecha á los hombres solamente por Cristo. (*Nombre de Príncipe de Paz, tomo III, pag. 287.*)

que se dice ó pide con afición. *Solimitana*, es como Jerosolimitana ó mujer de Jerusalén como llamamos Romana á la mujer de Roma; y esto porque Jerusalén se llamó antiguamente *Salém*, como la llama la Escritura sagrada, donde dice (Génes. cap. xiv, v. 18.) *Melchisedec Rey de Salém*; y David la llamó también así en el Salmo setenta y seis (1). Pues á este ruego de las dueñas responde la Esposa, diciendo:

14. *Qué miráis en la Solimitana, como coros de escuadrones?*

Lo cual se declara diferentemente. Algunos ponen en estas palabras pregunta y respuesta; pregunta de la Esposa, que volviéndose hácia las dueñas que tanta instancia la llamaban, les diga: Pues qué es lo que queréis ver en mí? Y que respondan ellas: Miramos en ti un coro de escuadrones, esto es, una cosa de tan buen parecer y tan poderosa para vencer á los que te miran y sujetarlos á tu mandado como lo es un escuadrón puesto en concierto y ordenanza. Lo que tengo por más acertado es hacer de todo una cláusula en que diga la Esposa de esta manera: Como me llamaron, volví hácia ellas, las cuales por mirarme mejor divididas de la una y de la otra parte, se pusieron en dos hileras, como un coro y entonces díjeles: Qué me miráis así puestas de la una banda y de la otra, como escuadrón que está puesto por sus hileras? De arte que presupone que volvió á ellas y que se dividieron en dos partes para verla mejor. Pues llámalas *escuadrón* porque era eran muchas; y *coro* por estar así divididas. Lo que cuenta haberle respondido se pone en el capítulo que se sigue, que es la mayor parte de él.

(1) Psalm. LXXVI, según los hebreos, y LXXV en la Vulgata, v. 2, donde en lugar de *factus est in pace locus ejus*, el hebreo dice: *et fuit in Salem tabernaculum ejus*.

